

El factor emoción en la España nueva de Antonio VALLEJO-NÁGERA¹

Vicente CABALLERO DE LA TORRE
Universidad Complutense de Madrid
vicente.caballero@educa.madrid.org

Francisco J. ROBLES RODRÍGUEZ
Universidad Complutense de Madrid
fjrobles@filos.ucm.es

Nos encontramos ante un escrito promovido por la Federación de Amigos de la Enseñanza (FAE), la cual nació en 1929 y, en pocos años, cae bajo la órbita de Acción Católica (AC). Las bases para la Acción Católica en España se asentarán sobre el tardío Estatuto de diciembre de 1931, redactado por Pío XI, el cual fue motivado por la disolución en Italia de sus asociaciones deportivas, universitarias y, más tarde, de sus Juventudes. En este Estatuto, con el fin de evitar la aniquilación definitiva del apostolado seglar por el régimen fascista italiano, se definirá la Acción Católica como mera participación en el apostolado jerárquico. Sin embargo, como explica quien fue vicario general de la diócesis de Barbastro-Monzón e historiador de AC, la motivación del nacimiento de la Acción Católica en España fue fundamentalmente defensiva, interviniendo mediante los seglares en los ámbitos social y político con el fin de articular un apostolado secular guiado por el objetivo de una genuina “*consecratio mundi*”².

La FAE se unió naturalmente al proyecto de AC durante los años 30: “Frente a la política laicista, la acción política de la Iglesia cambiará, sobre todo en el siglo xx, dejando su aislamiento tradicional, para pasar a una acción conjunta”³. La Federación asoció a colegios de la Iglesia en un intento de frenar un institucionalismo que estaba viviendo un avance importante desde una década antes y al que se percibía como un corruptor de la juventud española por parte de los intelectuales contrarios a la República⁴. Entre los fundadores de la FAE se encuentran seglares y tres religio-

¹ La presente introducción acompaña a la transcripción realizada por los autores del texto de A. Vallejo-Nágera *El factor emoción en la España nueva*.

² P. Escartín, *Sígueme. Un recorrido por la Historia de la Acción Católica General*, Madrid, Acción Católica, 2010.

³ J. M. Hernández (comp.), *Francia en la educación de la España contemporánea (1808-2008)*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2011, p. 116.

⁴ E. Suñer, *Los intelectuales y la tragedia española*, San Sebastián, Editorial Española S. A., 1938.

sos, uno de ellos el jesuita Padre Enrique Herrera Oria, hermano del célebre cardenal. Para frenar de forma efectiva dicha influencia era imprescindible desplegar un programa de difusión (la revista *Atenas*) y de formación para el profesorado, madres y padres⁵.

La FAE dio a la imprenta este escrito perteneciente al género de la agitación y propaganda de guerra, perfectamente partidista, de bando claro, pero que, precisamente por ello, actúa como una caja de resonancia donde se amplifican tanto las preocupaciones (y obsesiones) del autor como ciertos elementos de juicio y crítica especialmente vigentes durante el período de Entreguerras. Elementos que llegaron a ser parte relevante, y no meramente ornamental, en los debates parlamentarios que condujeron a las medidas legislativas más “provocativas” (para los sectores reaccionarios) de la Segunda República Española, como la concerniente al divorcio que se trató en las Cortes Constituyentes: “Como antes ocurriera con el darwinismo, la Psicología freudiana llegó a ser un dogma de la izquierda española y elementos de ella fueron aducidos en apoyo de objetivos políticos y sociales [...]. Los conservadores, por su parte, también sabían recurrir al ideario freudiano”⁶. Dicho ideario, en el caso de la izquierda, proporcionaba argumentos en la línea del Freud de la Primera tópica (Inconsciente, “Pre-consciente”, Consciencia) y de su primera teoría de la represión (en la que la escena originaria de seducción aún no ha sido introyectada al psiquismo) y su impronta en la vida cultural y política española no le era desconocida a Vallejo: “Las ideas del genial vienés influyen actualmente en la política, en la literatura, en el teatro, en las artes plásticas y en la educación”⁷. Las ideas de Freud aparecen en el presente texto de un modo tan eminente que da prueba por sí mismo de lo que ya constatará Marañón: “Aun los mismos que combaten el freudismo están sin saberlo presos entre sus mallas”⁸. No obstante, en este caso, los elementos proporcionados por la doctrina de Freud, provienen de la Segunda tópica de 1923. Como es sabido, dicha “tópica” no es tal, pues no se trata ya de un “mapa de la psique” sino de la explicación funcional de la estructura “trinitaria” de la personalidad misma: Yo, Ello y Yo ideal⁹.

⁵ J. A. Lorenzo, *La enseñanza media en la España franquista (1936-1975)*, Madrid, Editorial Complutense, 2003 pp. 37-38.

⁶ T. Glick, “Psicoanálisis, reforma sexual y política en la España de Entre-guerras”, en *Estudios de historia social* 16-17, 1981, pp. 7-25, aquí p. 8.

⁷ A. Vallejo-Nágera, “Locuras curables y locuras incurables”, en *El Siglo Médico* 86, 1930, pp. 85-86.

⁸ G. Marañón, *Obras Completas III: Conferencias*, Madrid, Espasa-Calpe, 1968-1977, p. 168.

⁹ Cabría indagar si es del análisis exhaustivo del modo de relación de las “personas” de esta peculiar “trinidad psíquica” de donde se colige la imposibilidad de un Psicoanálisis político -y, con ella, la del *freudomarxismo*- en cierta analogía con el modo en que la imposibilidad de la Teología política se sigue de la Trinidad divina; esto explicaría en cierta medida y de un modo “interno” (sin apelar solamente a las coyunturas del momento histórico) la penetración peculiar de los intelectuales conservadores católicos en el meollo del Psicoanálisis tardío. Para un desarrollo impecable de la polémica en torno a la cuestión trinitaria y sus (no) implicaciones políticas véase C. Schmitt, *Teología política. Epílogo de*

El aparataje conceptual psicoanalítico resultaba en aquel momento, tanto para unos como para otros, un poderoso aliado instrumental para el diagnóstico de una España enferma, una España que necesita regeneración o terapia. La consecución de un diagnóstico fue objeto común de las cavilaciones de célebres contemporáneos de Vallejo¹⁰; así, para Ramón y Cajal, España era una realidad infecciosa, para Baroja, neurótica, para Marañón, intersexual (necesitada de una heterosexualización) y, finalmente, para Vallejo, España estaba esquizofrénica como nación, pues hace lo antisocial (como alegrarse cuando no debe y por lo que no debe y compungirse cuando no toca y por lo que no lo merece) y pasa de la impulsividad a la indiferencia en un aparente sinsentido conductal extremo y pendular¹¹.

En cualquier caso, la cuestión es que, si bien la nación sufría de modo *intenso* en aquel momento de la historia española por un espíritu aquejado de un esquizoidismo del que caben distintas interpretaciones, la sociedad que forma *in extenso* dicha nación estaría mayoritariamente compuesta por un agregado creciente de histéricas y neurasténicos. Esta degeneración material del tejido social está, siguiendo a Vallejo, en la base de esa des-figuración espiritual de la personalidad nacional del ser español. Porque lo que está en juego, para Vallejo, es la Patria y, con ella, el sentido mismo de la existencia del ser español. Hay, pues, que poner en funcionamiento los goznes que trasladan del plural tejido social a la nación como unidad de destino la salud patriótica. La juntura entre materia y espíritu es la Raza, concepto que, en Vallejo, remite a la cuestión ya abordada por Maeztu: la Hispanidad. Nuevas políticas encaminadas a mejorar la aptitud de los españoles y las españolas -conforme al canon de la raza hispánica- conseguirán tan magno objetivo. Pero para ello no puede

José Luis Villacañas, Madrid, Trotta, 2009.

¹⁰ A. J. Sosa-Velasco, *Spain Is Ill! Sick Body And Political Discourse In Twentieth-Century Spain: Santiago Ramón Y Cajal, Pío Baroja, Gregorio Marañón, and Antonio Vallejo Nágera* (Diss.), Cornell University, 2007.

¹¹ La preocupación por esa suerte de sesgo esquizoide que iba, al parecer, apoderándose de una España cada vez más polarizada no asaltó sólo a los clínicos del bando nacional sino que también se encontraba en el bando contrario. Este fue el caso de la contrafigura de Vallejo, Emilio Mira (Jefe de los Servicios Psiquiátricos del Ejército en el bando republicano), para quien una suerte de esquizofrenia social y política será vista -desde su exilio inmediatamente posterior a la guerra- como *conditio sine qua non* del éxito del revolucionario, un verdadero sujeto revolucionario a quien diferencia del mero rebelde porque aquel, en tanto que conspira, cumple celosamente con las normas que tanto repudia. Pues bien, si este auténtico revolucionario es un ser transcendido, de conducta acelerada, que se rige por la ley del todo o nada y con ambición y conciencia del poder como el medio para el hacer (lo cual, esto último, lo diferenciaría, para Mira, de un caudillo dictador fascista), entonces se sigue una curiosa tipología de los dirigentes revolucionarios. Estos aparecen como divisibles en realistas e idealistas -y, dentro de estos últimos, en místicos y dogmáticos- de modo que, según Mira, la reciente Revolución soviética habría sido un éxito total (a diferencia de la Revolución francesa) por el peculiar mesianismo de Lenin, un idealista dogmático que, no obstante, era capaz de imprimir a su discurso de una enorme pragmatismo cuando era necesario, hasta el extremo “esquizoide” de afirmar que un buen técnico vale por cien comunistas. Véase E. Mira, *Problemas psicológicos actuales*, Buenos Aires, El Ateneo, 1940, p. 222.

ignorarse el funcionamiento, conforme a las leyes de la imitación, de la sociedad en toda época y lugar.

La Historia de la raza hispánica contiene, para Vallejo, los modelos necesarios que proporcionarán el Yo ideal (o “Súper-Yo”) que los individuos, muy especialmente los jóvenes, de la sociedad española necesitan para alcanzar ese objetivo. Por supuesto, la figura del Caudillo está en la cúspide de la pirámide de modelos para el Yo ideal de los nuevos “hijos de la raza” que constituirán, una vez formado su espíritu, la nación de la España nueva, una España ajena por igual al individualismo liberal de las democracias occidentales como al comunismo oriental y que no permitirá una fragmentación basada en falsos sentimientos nacionales que no son más que apego al terruño; una España que asentará -supuestamente y siempre para el autor- sus bases morales sobre la doctrina social de la Iglesia de León XIII, aquel protector de los obreros que identificó a la masonería con el mismo diablo. El ensalzamiento de la figura del Caudillo -salvador frente a la triple amenaza liberal, comunista y nacionalista- se hace en el texto por contraste con el tipo pícnico del Presidente Azaña, siguiendo la doctrina de Kretschmer, cuya obra Vallejo conoció en profundidad¹².

Llegados a este punto, sólo nos queda esperar que estas líneas ayuden a quien se acerque al texto a aumentar su conocimiento acerca de algunas de las “fuerzas” que han movido la historia de la España contemporánea.

¹² Según esta teoría son discernibles tres biotipos fundamentales: pícnico, leptosomático y atlético: el primero es ciclotímico y, por ende, de humor variable y poca consistencia en el carácter; el segundo es esquizotímico, tímido e introvertido y, finalmente, el tercer biotipo resulta de temperamento enequético o afectivamente “viscoso”. Véase A. Vallejo-Nágera, *Biotipología*, Barcelona, Modesto Usón, 1947.

Antonio VALLEJO-NÁGERA (1889-1960)
El factor emoción en la España nueva
Burgos, Federación de Amigos de la Enseñanza, 1938
Imp. Aldecoa.- Burgos (31 páginas)

Preámbulo

La Federación de Amigos de la Enseñanza (F. A. E.) desarrolló una intensa actividad en la época dura y heroica de persecución desenfrenada de las ideas católicas e implantación en las aulas y en las clases de un sectarismo rabioso, disfrazado so capa de laicismo y neutralidad.

Conocidas son sus “Semanas Pedagógicas”, que, contra viento y marea, tenían lugar todos los años.

Los últimos estertores de la fiera marxista elevaron a la categoría de mártires a gran parte de sus miembros, aherrojaron a otros y dispersaron a los más, que acudieron al puesto del honor a levantar con su aliento y con su sangre la Patria agonizante.

Las continuas victorias, logradas merced al heroísmo de la incomparable juventud española, dirigida con pulso firme por el Caudillo invicto, han permitido a la F. A. E. rehacer sus huestes y aunar esfuerzos para entregarse otra vez denodadamente a la misión fundamental de encauzar la educación y la enseñanza por las corrientes que fluyen de un pasado creyente y vigoroso.

Este anhelo de actividad culmina en la Magna Semana de Educación nacional celebrada en Burgos durante los seis primeros días del año actual. Admirables las conferencias, selecta la concurrencia y abundante el fruto obtenido, pues en esos días de crudo invierno se caldearon las almas con el firme propósito de reanudar los lazos de estrecha hermandad que anteriormente unían a los educadores católicos.

Entra la F. A. E. en un período de acción intensa, y comienza una nueva fase de publicación de libros y folletos que lleven luz a las inteligencias, fervor a los corazones, y contribuyan a la obra de reforma, empezando por mejorar la familia.

Con este objeto se publica el trabajo del Doctor Vallejo Nágera, merecedor, por muchas razones, de las primicias de esta serie divulgadora: primeramente, por el valor intrínseco del estudio hecho por el inteligente psicólogo sobre los factores afectivos que hay que estimular en las masas para impulsarlas al culto de la Patria, y después, por la generosa atención de ceder los derechos de propiedad en beneficio de la enseñanza católica.

Es bien conocido el señor Vallejo Nágera en el campo de la ciencia y de las letras, y no vamos a cometer la osadía de presentarle a los lectores. Sólo nos resta mostrarle nuestro agradecimiento y expresar el agrado que nos produce poder contribuir modestamente a la propaganda de profundos pensamientos biológicos de pura ortodoxia y sana fidelidad patriótica, necesarios y oportunos en esta hora de resurgimiento nacional, expuestos con la solidez, claridad y elegancia que son las notas distintivas en los escritos del eminente psiquiatra.

EL SECRETARIADO DE LA F. A. E.

Burgos, enero 1938. II Año Triunfal.

El factor emoción en la España nueva

Albergan las multitudes difusos complejos afectivos, sobresaturados de energía psíquica y que, según su cualidad, originan reacciones destructoras o constructivas de sociedades y naciones. Los complejos afectivos promotores del Movimiento nacional pertenecen por su noble cualidad, a los constructores, y son tributarios de atento análisis y meditación, a los fines de intensivo fomento.

El alma del pueblo -tan encarecida- no tiene otra realidad que la persistencia en la multitud de una tonalidad afectiva, producto de la sugestibilidad colectiva, inhibitoria, la última, de la capacidad para el pensamiento individual e independiente.

La muchedumbre obra siempre semi o inconscientemente, arrastrada por el estado afectivo colectivo resultante del contagio psíquico de los sentimientos y de las pasiones, contagio fácil en las muchedumbres a consecuencia de la escasa resistencia que ofrecen a la sugestión. Exaltada la sugestibilidad de las masas en virtud de las circunstancias fortuitas, pueden producirse movimientos populares que lo mismo derrumben monarquías que funden imperios.

Seméjase la psicología de las multitudes a la infantil, en la actuación irreflexiva e inmediata, y en la temeridad para salvar obstáculos. A tal puerilismo psicológico, debilitador de resistencias críticas, ha de agregarse que en las muchedumbres predominan los sentimientos sobre las ideas, fenómeno conocido y utilizado por los conductores de masas al sugerirles ideas impregnadas de sentimentalidad con el objeto de que se recojan con entusiasmo, aun incomprendidas o semicomprendidas.

Sentida una idea con entusiasmo, puede llegar el vulgo a penetrarse de su contenido; comprensión más difícil sin el previo estímulo de la afectividad. El fenómeno real es que obramos impulsados por el sentimiento con mayor energía y frecuencia que por el entendimiento, no pocas veces esclavo de la afectividad, hasta el punto de hacerse lo contrario de aquello que dicta la inteligencia es justo y razonable.

Los psicólogos hallan dificultades para definir los sentimientos, a cusa de la intervención de complicados fenómenos en el proceso psíquico de la afectividad, motivo que invita a prescindir de definiciones e intentar una explicación de la psicogénesis de los afectos.

Engéndranse los sentimientos, de la reacción subjetiva del *yo consciente*, bien a las excitaciones psicosenoriales (visuales, etc.), bien a las representaciones mentales latentes o actuales en la consciencia. Así, por ejemplo, encontramos una pobre

mujer, abrazada a un hijo enfermo, derrumbada sobre el umbral de lujosa mansión y que con lastimera voz pide pan; visión que despierta en nosotros el sentimiento de la caridad y reacciones volitivas en consonancia con el afecto provocado. Por otra parte, latentes en nuestra conciencia la serie de ultrajes inferidos a España por el marxismo revolucionario, despiértase el sentimiento patriótico, que nos invita a empuñar las armas contra los ofensores de la patria. El estado de ánimo engendrado de una u otra manera, caracterízase externamente por la *posición psíquica* de nuestro yo frente al medio ambiente.

La posición psíquica adoptada frente al medio ambiente encauza nuestra actividad en determinado polo, sintónico con los sentimientos prevalentes. De aquí que la posición psíquica de todo buen español sea, en estos momentos, la de ganar la guerra a todo trance, sin que importen dolorosos sacrificios, reaccionando con espíritu de servicio y de deber. Llegada la paz, la posición psíquica adecuada frente al marxismo, el liberalismo y la democracia ambientales será la de la reconquista del Imperio de la Hispanidad.

Cierto es que resulta peligroso sembrar sentimientos con preferencia a ideas, aunque aquéllos se desprenden de las últimas; pero es el único camino viable cuando se trata de masas, si quiere lograrse resonancia afectiva en las muchedumbres y unificarlas disciplinadamente para la acción.

“Primum movens” del Movimiento nacional

Analizado el Movimiento nacional desde un punto de vista estrictamente psicológico, aparecen en el primer plano una serie de complejos afectivos promotores, cuyo estudio puede ser altamente provechoso para encauzar las derivaciones afectivas de aquél, de manera que podamos librar a España de la degeneración en que se hallaba sumida.

El Movimiento nacional no es un pronunciamiento militar a favor de un partido o un cacique político; ni una guerra civil de hermanos contra hermanos por mantener una dinastía o ayudar a un señor contra otro señor; ni una lucha por el predominio de una clase social; tampoco un motín popular, una guerra religiosa o una revolución social: el Movimiento nacional es algo por encima de las pasiones humanas, de los sectarismos políticos o religiosos y de la lucha de clases.

El Movimiento nacional tiene un origen espiritual de carácter popular, y los muchos que ofrendaron y ofrendan la vida por su triunfo, lo hacen para que las venideras generaciones gocen de los bienes espirituales de que quisieron despojarnos las fuerzas secretas revolucionarias y antihispanas. Surgió el Movimiento nacional del deseo del verdadero pueblo español de recuperar sus valores universales, aherrajados por el materialismo marxista, y, conjuntamente, de la necesidad de salvar la honra de España ante el mundo.

Aliméntase el Movimiento nacional del anhelo de reivindicar mundialmente los valores contenidos en el espíritu de la Hispanidad, que, según define Maeztu, es aquella parte del espíritu universal que nos es asimilable, que ha sido creado por nuestros padres, legándonoslo a título de patrimonio, cuya custodia nos está encomendada. El espíritu de la Hispanidad civilizó inmensos mundos y difundió por el orbe ideas nuevas, algunas de tanta trascendencia como la de que todos los humanos pueden redimirse por la divina gracia.

El Movimiento nacional es espíritu, y por ser ente espiritual encierra ideas y sentimientos. Defendemos las ideas que son el contenido ideológico de la Hispanidad; pero tal ideario no lo conocen, y menos lo comprenden, muchos de los héroes del frente y de la retaguardia, y, sin embargo, mueren por él, y mueren *porque sienten la hispanidad*, porque *sienten* una España libre, grande y unida, además de imperial.

Complejos psíquicos impulsores del Movimiento nacional y de la edificación de la nueva España

Denominamos en Psicología complejo afectivo a las huellas sobresaturadas de afectividad que dejan en la conciencia los acontecimientos experimentados (vivencias). Tales complejos pueden permanecer actualizados en la conciencia o reprimidos en la subconsciencia, si bien en ambas circunstancias continúan emitiendo energía psicoafectiva, a lo que se debe presidan la conducta individual durante una temporada más o menos larga, quizás toda la vida.

Colígese de la naturaleza de los complejos psíquicos, que la irradiación de la energía psicoafectiva, acicate de la voluntad, parte principalmente de los sentimientos, y en menor proporción de las ideas, pues estas últimas hállanse sujetas a la censura de la razón, frenadora de muchos actos improcedentes.

Ilústrannos las precedentes nociones acerca de la conveniencia de que la reconstrucción de España esté empujada por complejos psicoafectivos de noble cualidad, complejos sembrados a voleo reiteradamente sobre las masas, al objeto de que, elaborados, hipertrofiados y encarrilados, sirvan a la edificación de una patria grande, cuidando de que no experimenten deformaciones determinantes de efectos contrarios a los apetecidos.

Tales complejos afectivos idóneos a la reconstrucción de una España grande son los de religiosidad, patriotismo y responsabilidad moral, unidos a los ideales ético y estético y al yo ideal.

Opuestos a los complejos psicoafectivos reconstructores de España, tenemos otra serie que paraliza, descompone y segrega a la patria, nocivos para España, imponiéndose severa higiene espiritual de las multitudes para librarlas de que prendan en ellas. Los complejos de ínfima calidad son los de resentimiento, rencor, inferioridad, emulación envidiosa, arribismo ambicioso y venganza.

Huelga insistir sobre la perniciosidad de los complejos afectivos últimamente enumerados, que, de sembrarse en las multitudes de la nueva España, impurificarían la elevada idealidad del Movimiento nacional, empujarían el horizonte espiritual de la patria que soñamos, además de que, introducidos en el futuro orden político-social, inspirarían medidas legislativas no muy diferentes de las marxistas.

Religiosidad

Es evidente hasta la saciedad, que sentimiento alguno supera en energía psicoafectiva al sentimiento religioso. También es patente que, dentro de los sentimientos religiosos, es el católico el que emana mayor caudal energético psicoafectivo. Las pruebas son infinitas. ¿Existe religión que exceda en mártires a la católica? ¿Conócese otra doctrina que haya causado mejoras sociales y políticas más radicales y benéficas? La civilización occidental, ¿no es obra del Catolicismo?

¿Recuerda la memoria humana ejemplo semejante al de Jesucristo?; ¿no ha inspirado las más sublimes creaciones de los númenes poético y literario?; las Bellas Artes, ¿no se inmortalizaron en la efigie del Salvador?; el talento y la imaginación humanos, ¿no culminaron al tratar del Hijo de Dios? Y si en ninguno de los órdenes de la actividad humana existe algo superable a lo relacionado con el Fundador de la Religión Católica, ¿no es esto prueba plenaria de que el complejo psicoafectivo católico es poderosa palanca para levantar el mundo?

¡Empeño gigante para nuestras humildes fuerzas, ensalzar la religión que profesamos! No lo osaremos, ni hace falta, pues las demostraciones de la potencialidad psicoafectiva del sentimiento religioso son tan palpables, que explican que, sometida España a la tiranía de unos impíos, heridos los sentimientos vitales del pueblo español, produjérase viril y enérgica reacción contra el infame intento de desterrar a Dios de nuestra amada Patria.

Desterrada la religión de España, ni tiene razón su existencia, ni podrían subsistir sus esencias históricas. La nueva España tiene que ser, necesariamente, religiosa y católica, o no será nueva España.

Patriotismo

España es la Patria. -El movimiento nacional defiende a España de la anti-España, a la Patria de la anti-Patria.

¿Qué es la patria? - ¿Es el territorio... es la raza... es la religión..., es la Monarquía..., son valores culturales? *La patria es lo que une, lo que está por encima de lo que divide: se hace con gentes y tierra, pero la hace el espíritu, y con elementos también espirituales* (MAEZTU).

El ideal patriótico es distinto del sentimiento patriótico: aquél se razona, el último se experimenta, con razón o sin ella. El sentimiento patriótico es emoción, es entusiasmo: es energía psicoafectiva de aurífera calidad.

La energía psicoafectiva del sentimiento patriótico es inconmensurable; conmueve pueblos y naciones, arrastra multitudes cual torrente desbordado, y sólo puede compararse en potencialidad a la del sentimiento religioso.

El patriotismo no puede imponerse; ha de sentirse, está por encima de la voluntad, como todo lo psicoafectivo. El sentimiento patriótico no es sueño de gloria, delirio de grandezas de la patria: el sentimiento patriótico español es el espíritu colectivo que une a los españoles en Dios, en la Patria y en el Caudillo. Cada español siente la a la Patria en distinta manera; pero la unidad hispana -Patria española- radica en la comunidad espiritual de todos los españoles. El nexo de unión de todos los españoles ha de ser el de nuestros valores en la Historia Universal.

Es patriótico todo lo que une, y antipatriótico todo lo que separa. El sentimiento patriótico es el que nos impulsa a la unión en Dios, en la Patria, y en el Caudillo. Unión en Dios, porque el Cristianismo infunde espíritu a la Hispanidad. Unión en la Patria, porque la Patria es el patrimonio espiritual legado por nuestros padres. Unión en el Caudillo, porque personifica los sentimientos colectivos imperialistas de la nueva España.

El patriotismo ha de sentirse independientemente de las satisfacciones que pueda proporcionar la condición de españoles. El sentimiento patriótico no alienta exclusivamente de gloria, riquezas y poderío; también palpita a expensas de amarguras y sacrificios. La Patria -España- hay que sentirla, amarla y respetarla en sus grandezas y en sus derrotas, en sus aciertos y en sus errores; para reverdecer laureles, para desquitarse de pasados contratiempos.

El patriotismo, impulsor del Movimiento nacional y reconstructivo de la nueva España, no es, no puede ser sensiblería patriótica, ni amor a la tierra en que nacimos, ni apego al hogar de los mayores, ni entusiasmo por el paisaje natal, ni añoranza por las costumbres patriarcales. Y todo esto no es patriotismo -aunque tierra, hogar, paisaje y costumbres formen parte de la patria- porque todo esto divide en lugar de unir, lleva al orgullo local, conduce al separatismo.

Nuestro patriotismo, el patriotismo impulsor del Movimiento nacional, nótrese del deseo de revivificar mundialmente los valores universales de la Hispanidad. Nuestro patriotismo es la Hispanidad. Guerreamos por la Hispanidad ahora, y, alcanzada la paz, construiremos una nueva España impregnada del espíritu de la Hispanidad, con el afán de extenderle [*sic*]; que este es nuestro imperialismo.

Unidos en Dios, en la Patria y en el Caudillo, sienten los patriotas la emoción de la nueva España, en ansias de recuperación de nuestros valores espirituales, en delirio de grandezas futuras, en gozo de poderío, en deseo de justicia cristiana (que esta es la justicia social), en anhelo de trabajo remunerador, en propósito de perfec-

ción moral, en voluntad de profunda sabiduría. El complejo afectivo patriótico está sobresaturado de Unidad, Grandeza y Libertad de España.

Responsabilidad moral

La responsabilidad moral que tenemos contraída todos los españoles, de contribuir en la medida de nuestras fuerzas al triunfo del Movimiento nacional y a la edificación de la nueva España, es otro de los complejos psicoafectivos colectivos que condicionan la conducta y reacciones psíquicas de los patriotas españoles.

Todos los españoles que vivimos el crítico presente momento histórico tenemos contraída la responsabilidad moral de nuestra contribución, activa o pasiva, primero a la ganancia de la guerra, y más tarde al levantamiento del Imperio de la Hispanidad. La responsabilidad será moral, o material, o moral y material, conjuntamente, según las circunstancias individuales, pero ninguno de los españoles exímese de responsabilidad moral ante Dios, ante España, ante el Ideal y ante el Caudillo.

Responsabilidad moral ante Dios, de que la doctrina social cristiana pueda ser deformada, incumplida o sustituida por la marxista: de que desaparezca de España la civilización cristiana; de que imperen en la Patria la impiedad, la inmoralidad, el positivismo y el paganismo.

Responsabilidad moral ante España, de que pueda extranjerizarse; de que se borren definitivamente los valores universales hispanos, culturales e históricos; de que se olvide lo que la civilización debe a nuestros hombres, a nuestra ciencia, a nuestras letras, a nuestro arte.

Responsabilidad moral ante el Ideal, de que sucumba nuestro imperialismo espiritual, imperialismo que es el espíritu de la Hispanidad, fuente perenne de la civilización occidental.

Y, por último, responsabilidad moral ante el Caudillo, por no ayudarlo al triunfo, por no secundar sus iniciativas, por obstaculizar sus proyectos.

A la responsabilidad moral de los caudillos débese la heroica resistencia de Toledo, Oviedo y Teruel.

Consciente Moscardó de su responsabilidad moral si rendía Toledo, sacrificó su propia sangre y carne con gesto que ha causado asombro y admiración al orbe, y cuyas inolvidables palabras en el trance angustioso deben grabarse imperecederas en el pecho de los españoles: “Hijo mío, si te van a fusilar, encomienda tu alma a Dios, da un viva a España y otro a Cristo Rey, y muere como un héroe, que tu padre no se rinde, por el honor de España.”

¡El honor de España! Bien decía el glorioso soldado que defendía el honor de España, honor encerrado en los seculares muros del Alcázar; muros testigos de los Concilios toledanos visigóticos; muros testigos de la labor del cenáculo de sabios que, con Alfonso el Sabio, redactaba leyes y traducía y comentaba las obras filosóficas y científicas de los antiguos, cuyo rastro casi estaba perdido; muros testigos de los

laureles imperiales conquistados en América; muros testigos de los ensueños de grandeza para el Ejército de los caballerosos infantes españoles.

Percatado el general Aranda de su responsabilidad moral, no rindió Oviedo, que, además de cuna de la Reconquista, lo es también del arte religioso español, con sus iglesias de Santullano, San Tirso y San Miguel de Lillo. Rendir la capital de las Asturias, significaba someter la cerviz a la barbarie oriental, entregándose el solar donde se incubaron los fastos de la Historia de España y del arte religioso español.

Convencidos los heroicos defensores de Teruel de que la capitulación de la joya mozárabe aragonesa era entregar el santuario de nuestras tradiciones románticas, y con ello trocar el amor romántico por la grosera sexualidad marxista, se opusieron con febril energía a la más furiosa de las acometidas registradas en las páginas de la historia de las guerras.

Recapitémos sobre el desarrollo de nuestra actual epopeya, y observaremos que allí donde había que preservar lo que significase algo en la Historia de España, allí no ha podido imprimir su bárbara huella asoladora el marxismo, y ello porque pundonorosos jefes y ciudadanos estaban penetrados de su responsabilidad moral ante Dios, ante España, ante el Ideal y ante el Caudillo.

Y Córdoba -patria de Séneca y foco del martirologio cristiano durante la dominación musulmana- contuvo lejos de sus murallas al enemigo; y Granada -solio y tumba de los Reyes Católicos, joya artística de las Españas- mantúvose incólume del hálito rojo; y Sevilla -iluminada por los resplandores de Fernando el Santo, el más virtuoso, el más prudente, el más justiciero, el más político y el más sabio de nuestros reyes, además del mejor táctico -fue nuestra desde el primer día; y Huesca -solar de la Orden de los Caballeros del Gral- resistió con alma aragonesa los embates de la horda; y, por último, Zaragoza -cuyos aromas marianos inundan a la invicta España- vuelve a ser ejemplo y estupefacción del globo con el aliento que presta a los soldados españoles.

Ideal ético

Débase a las fuerzas secretas revolucionarias la infiltración en la sociedad española de la idea de que el placer es la única forma de vida, idea directriz de la desmoralización social contemporánea, hasta el punto de hallar defensores de los vicios, la inmoralidad, la contemporización, la neutralidad y la pasividad. La aspiración fundamental de la sociedad española antes del Movimiento nacional era sumergirse en la sensualidad y el goce de toda suerte de placeres.

Contra tal estado de desmoralización social han reaccionado los mejores de los españoles, forjándose un ideal ético coincidente con los postulados de la moral cristiana, propugnándose hoy la austeridad, la fortaleza del ánimo, la educación férrea, la acción contra lo malo, la actividad en favor de lo bueno.

El complejo psicoafectivo de mejoramiento moral, de perfeccionamiento ético, de ejemplaridad moral, hállese impreso profundamente en las conciencias españolas, ejemplarizando al mundo con el espíritu de servicio, sacrificio y deber dominante en la nueva España.

Cierto es, no puede ocultarse, que unos pocos que bullen y se agitan en la retaguardia no se han percatado todavía, o no han querido percatarse, del contenido de los complejos afectivos pilotes de los rumbos de la nueva España, contrafigura de los que hundieron a nuestra desgraciada nación desde mediados del siglo xvii. Mas pronto llegará para estos el desengaño, y quedarán frustradas sus ilegítimas ambiciones, porque, en el futuro, entre nosotros, únicamente el caudal de propios méritos, perfectamente contrastados, servirá para la adquisición de la patente de ciudadanía española.

Ideal estético

Aspiramos los españoles a recuperar el cetro estético que dejamos caer de nuestras manos cuando comenzamos a extranjerizarnos, sin hacer honor a los inauditos esfuerzos del genio español para empuñarlo. Las más bellas manifestaciones plásticas y literarias fueron producto del genio español durante los siglos xvi y xvii, logrando ventaja, en ciertas facetas, incluso al admirable arte italiano.

Informe todavía el ideal estético de la nueva España, palpita en la juventud un sentimiento artístico que despeje nuestro Arte de la roña de cartón-piedra envilecedora de nuestras producciones artísticas desde el ochocentésimo acá, sin que lo evitase en arte de Goya y de algunos pocos imitadores.

Vibra el hermoso himno de F. E. como promesa redentora de las Letras y Arte hispanos, y en sus estrofas vislúmbranse esperanzas de que recobramos prestigio artístico universal.

Yo ideal

En la conducta de los hombres influye desatinadamente el instinto de imitación, que nos induce a contrahacer gestos, actitudes, indumentaria y actos observados en el medio ambiente, por creernos dan prestancia o compensan facetas inferiorizadas de nuestra personalidad.

Modas y costumbres son un efecto social del instinto de imitación, a veces tan enérgico, que origina verdaderas epidemias psíquicas, tan extendidas, que un estribo, una prenda, un ademán, dan la vuelta al mundo en pocos días, sin que persona pueda sustraerse al remedo.

El proceso afectivo llamado identificación tiene su fuente en el instinto de imitación, pero está dotado de atributos superiores en jerarquía psíquica, interviniendo en él fuerzas inductoras a identificarnos afectivamente con las personas con quienes

simpatizamos sintónicamente. Tal identificación afectiva sólo se produce en el caso de que exista comunidad de intereses, de ideales o de aspiraciones, y con la condición de que se establezcan mutuas relaciones sentimentales entre nuestro yo y el de la persona con quien intentamos identificarnos.

Además del instinto de imitación y del proceso de identificación afectiva, influye sobre nuestra conducta un proceso psíquico de superior categoría afectiva: el yo *ideal*.

Incúbase el yo ideal siempre que, identificados afectivamente con una persona, ésta nos entusiasma por sus cualidades, o la veneramos por sus virtudes, además de admirarla con tan profundo anhelo, que tal persona representa lo que queremos ser en esta vida, el ejemplo vivo que deseamos imitar, la personalidad que queremos incorporar a la nuestra. Nos identificamos con el ídolo -el yo ideal- por parecernos que de esta manera incorporamos todo o parte de su personalidad a la nuestra.

Un examen retrospectivo del yo ideal de las generaciones próximas pasadas y de las presentes hasta el día del Alzamiento nacional, dará muy triste idea del porvenir que le estaba reservado a España, consecutivamente a que el yo ideal de los jóvenes de ambos sexos eran los astros de la pantalla o del deporte, los políticos mediocres, los intelectuales pedantes y los demagogos inmorales.

Hoy la juventud vuelve a encontrar su yo ideal en los próceres de la raza, en aquellos claros varones de Castilla, cuyo número embaraza su mención, pues no son ejemplares únicos en España políticos de la talla de Fernando el Católico, guerreros del temple del Gran Capitán, sabios de la altura de Vives, santos de la virtud de Íñigo de Loyola, escritores de la lozanía de Cervantes, pintores de la sublimidad de Murillo, madres de las excelsas prendas de Isabel de España; todos y cada uno de ellos, modelos propicios para yo ideal, por resplandecer en virtudes, en talentos y en patriotismo.

A la reconstrucción del yo ideal de las multitudes de la nueva España servirá la personalidad de los gloriosos generales presididos por el Caudillo, vivos ejemplos de valor, de prudencia, de modestia, de talento, de austeridad.

Ha comenzado la delicada tarea de formar el yo ideal de la juventud española. Cuidemos que no se envíe o deforme por aquellos que siempre tuvieron interés en que el yo ideal del pueblo español fuera de ínfima calidad.

La sonrisa del Caudillo

La sonrisa del Caudillo refleja el estado de ánimo de la nueva España. La sonrisa del Caudillo significa confianza en el triunfo de las armas, seguridad de prosperidad y justicia, llegada la paz, esperanza de reconquista del Imperio de la Hispanidad.

Las modernas investigaciones han elevado a categoría de principio científico cierto las relaciones entrevistas entre el genio y la figura, expresadas en popular proverbio. La figura corporal corresponde, con apenas excepciones, a determinadas

cualidades psicológicas; tema que, aunque interesante, no es oportuno desarrollemos en este momento, pero sí que destaquemos su suceso más culminante.

La degeneración física, las deformaciones corporales, la fealdad, hállanse ligadas, casi indefectiblemente, a complejos de rencor y de resentimiento, traducidos en una conducta antisocial, en toda la amplitud del vocablo. Por el contrario, la figura corporal agraciada, la belleza física, la armonía de las dimensiones del cuerpo, corresponden, en la inmensa mayoría de los casos, a un alma noble y virtuosa.

Sin pretensiones de parodiar al griego en el estudio de vidas paralelas, y sin necesidad de grandes esfuerzos descriptivos, por estar presentes en la retina de todos nosotros, la comparación de las figuras corporales de nuestro invicto Caudillo y del llamado presidente de la II República española, recuerda y exterioriza las respectivas psicologías, cuyo encarecimiento podemos ahorrarnos.

Sí llama la atención la circunstancia de que las masas identificadas con cada una de las citadas personalidades, exhiben reacciones psíquicas que parecen fruto de los complejos psíquicos latentes en la consciencia de ambos personajes. Las de ellos, reacciones movidas por los complejos de rencor y de resentimiento; las nuestras, reaccionan a los complejos de religiosidad, patriotismo y responsabilidad moral.

* * *

Mantengamos la pureza de los factores afectivos impulsores del Movimiento nacional, pues al emprender la magna obra de la reconstrucción espiritual y material de España, el resultado dependerá, fatalmente, de la naturaleza de los complejos afectivos, rectores de la conducta individual y colectiva. Conocemos por desgraciada experiencia los efectos de los complejos de rencor y resentimiento; los efectos de los de religiosidad, patriotismo y responsabilidad moral comenzamos a vislumbrarlos en variadas manifestaciones de la actividad nacional. Téngase la certeza de que si religiosidad, patriotismo y responsabilidad moral impulsan la construcción de la nueva España, ésta deslumbrará al mundo con sus resplandores.

27-XII-37